

## PARA UNA HISTORIA DE LA CULTURA ESPAÑOLA DEL SIGLO DE ORO (Cuestiones de método)

Poseemos, hace tiempo ya, una historia literaria científica de la literatura española del Siglo de Oro. En cambio no tenemos hasta la fecha historia de la lectura, ni historia de la cultura de la España del Siglo de Oro. Esta historia podremos escribirla algún día, pues no faltan para construirla materiales en razonable cantidad y de calidad excelente: a algunos de ellos he de referirme más adelante. Con todo me parece que varios problemas importantes no se han planteado con toda la claridad que se podría desear: estos problemas quisiera definirlos ahora brevemente.

La cuestión es a todas luces muy amplia y compleja. Por esto me veo en la precisión de limitarla. Quiero hablar únicamente de la cultura escrita, la que dan, acrecientan y propagan los libros, dejando aparte los problemas que ofrece la cultura oral, tan importante en el Siglo de Oro. Y me intereso en especial, porque hay que escoger, dentro de la totalidad de la cultura, a la literatura de entretenimiento: todos los ejemplos que he de aducir se sacarán de este sector relativamente limitado.

La primera pregunta que se nos ofrece es la siguiente: en el Siglo de Oro, ¿quién puede leer? ¿quién lee en efecto? Toda definición de un público es limitación. En el caso que nos ocupa, las fronteras del público aparecen rápidamente, si tenemos en cuenta unos fenómenos que siempre habríamos de recordar, y de los cuales nos olvidamos más de una vez:

— el analfabetismo, general entre los campesinos y frecuente entre los artesanos;

— el precio de los libros, cuestión sobre la cual no sabemos casi nada concreto. Pero no por eso hemos de prescindir del problema;

— la falta de interés por la cultura en dos grupos sociales. Los hidalgos y caballeros saben leer y podrían comprar libros: parte de ellos —una proporción difícil de determinar— dedica todos sus ocios a los amores o a la caza. Los mercaderes, con algunas contadas excepciones, leen muy poco y no tienen aficiones literarias. La literatura de entretenimiento no entra por sus puertas, no llega a los estantes de sus bibliotecas. Es un hecho que hemos de tener en cuenta si queremos entender la predominancia de la ideología aristocrática en esta forma de «literatura

de consumo» que representa la novela cortesana del siglo xvii. Ciertamente esta predominancia se explica por la importancia social de la nobleza en España y por la debilidad correlativa de la burguesía en el mismo país. Pero se explica también, en parte, por el hecho de que los elementos más activos y adinerados que integran dicha burguesía compran muy pocos libros de entretenimiento. La situación no es forzosamente idéntica en toda Europa: sabemos que, en el siglo xv, la alta burguesía de Florencia se apasiona por el *Decamerón*<sup>1</sup>. Conviene profundizar los estudios que se han emprendido en esta dirección: algún día podremos trazar un mapa de la Europa occidental en el cual aparezcan las «manchas» de cultura burguesa. Este día no ha llegado todavía. Apartando las miradas de tan halagüeñas perspectivas, vuelvo a la definición del público de la literatura de entretenimiento en la España del Siglo de Oro.

Tal público se reduce, después de lo dicho, a los elementos siguientes:

- la fracción culta de los hidalgos y caballeros;
- la fracción culta del clero, que incluye, como es lógico, el alto clero y los prebendados de vida económica desahogada (pensemos en Luis de Góngora o en Juan de Salinas), pero también unos clérigos más humildes, como Luis de Ferrera, *clergue* en Barcelona<sup>2</sup>.
- los hombres que definiríamos hoy como «técnicos» e «intelectuales», categorías éstas mucho menos cuantiosas en el Siglo de Oro que en el nuestro: letrados, catedráticos, médicos, arquitectos, pintores, funcionarios, *criados* del rey o de nobles familias (secretarios, bibliotecarios, músicos, preceptores, como lo fueron Alfonso de Valdés, Luis Milán, Jorge de Montemayor, Antonio de Torquemada y Lope de Vega, entre otros).

De este cuadro se desprenden dos conclusiones. La primera es que el público de la literatura de entretenimiento es un público reducido: una historia de la lectura y de la cultura en el Siglo de Oro es y será siempre historia que concierne una corta cantidad de hombres y mujeres, es y seguirá siendo historia de unas minorías. La segunda conclusión es que conviene acabar cuanto antes con unos clisés. No hubo ni pudo haber lectura «popular» en el Siglo de Oro —aunque sí existió, muy vivaz, una cultura popular, cultura de tipo oral y tradicional, a base de refranes, romances y cuentecillos. Tampoco existió, ni pudo existir, literatura burguesa en la España del Siglo de Oro.

<sup>1</sup> Véase CHRISTIAN BEC, *Recherches sur la culture à Florence au XV<sup>e</sup> siècle*, *Revue des études italiennes*, XIV, 1968, pp. 211-245.

<sup>2</sup> J. M. MADURELL MARIMÓN, J. RUBÍO y BALAGUER, *Documentos para la historia de la imprenta y librería en Barcelona (1474-1553)*, Barcelona, 1955, n. 490.

Dentro del público así limitado, ¿conseguiremos trazar unas líneas divisorias? ¿Sabremos algún día en qué categorías se reclutaban, más concretamente, los lectores de Garcilaso, de *Lazarillo*, de *La Diana*, de *La Araucana*, de *Guzmán*, de *Don Quijote*? ¿Podremos determinar cuáles fueron los admiradores de los eruditos italianos, y hasta dónde arraigó el pensamiento platónico sobre el amor?<sup>3</sup> No soy el único en pensar que esta esperanza no está falta de bases: hoy podemos deslindar ya en forma bastante concreta el público de la literatura, mañana hemos de conocer los públicos de las varias categorías de literatura.

Ahora bien ¿cómo lo hemos de conseguir? Hace años que las miradas de los que se interesan por historia de la cultura se vuelven hacia los inventarios de bibliotecas particulares, que se han venido publicando aquí y allá, sobre todo desde los años 1940-1950. Estos inventarios representan en efecto una fuente de datos insustituibles, y todos lamentamos que los que poseemos por lo que a España se refiere adolezcan de dos defectos graves. El primero es la corta cantidad de inventarios publicados que poseemos: no pasarán de unos cincuenta por lo que es de los siglos XVI-XVII. La cifra es a todas luces irrisoria. El segundo inconveniente es mayor, si cabe, que el anterior, y es que la mitad de dichos inventarios por lo menos son inventarios que se han publicado con la intención, muy respetable por cierto, de arrojar luz sobre las lecturas de un hombre eminente y, en el fondo, excepcional: valgan como ejemplos los nombres de Diego Hurtado de Mendoza, del Conde Duque o de Velázquez. Ahora bien, lo que necesitamos dentro de una historia de la cultura, son inventarios de bibliotecas de hidalgos, clérigos y letrados de los del montón. Lo que hace falta es que se publiquen series de inventarios, por ciudades, por provincias. Estas series, ordenadas sociológica y regionalmente, no las tenemos por ahora. Con una relevante excepción, la de los inventarios barceloneses del siglo XVI que dieron a luz Madurell Marimón y Rubió y Balaguer. Nuestra pobreza es, pues, lamentable, y el retraso de nuestros estudios, enorme. Conviene remediarlo cuanto antes. Dos tareas me parecen particularmente urgentes a este respecto:

— animar a los historiadores de la sociedad y de la economía española que han localizado inventarios de este tipo en los archivos de España a que los publiquen, agrupándolos;

---

<sup>3</sup> Evidentemente podemos pensar en otras investigaciones paralelas, por ejemplo sobre lectura de escritores antiguos (en su lengua vernácula o en traducciones): estos estudios serían de gran utilidad para una historia del humanismo en España, y arrojarían luz sobre unos problemas irritantes —el de las relaciones de España con Europa, entre otros.

— reunir en un tomo (¿en unos tomos?) los inventarios ya publicados, que andan lastimosamente desparramados en revistas y homenajes.

De los inventarios ya publicados, y de los inventarios por publicar, es evidente que podemos —y podremos— sacar valiosas enseñanzas: determinar la extensión y la composición del público que lee —o por lo menos— del público que compra libros; concretar la cantidad de libros que figuran regularmente en casa de un hidalgo, de un canónigo o de un médico; apreciar la difusión de la literatura de entretenimiento, y de otras categorías de lecturas también. Pero hemos de ver, con toda claridad, que este método —como todos los métodos— tiene sus desventajas:

1. La falta de precisión de los inventarios, en los cuales muchas veces las estimaciones se hacen a bulto: «un arca de libros», «una canasta en que había 23 libros». El hecho resulta particularmente molesto cuando se estudia la difusión de la literatura de entretenimiento, ya que las novelas y obras poéticas son casi siempre libros de tamaño reducido, que se reúnen en paquetes cuyo contenido no se indica en forma pormenorizada.

2. Buena cantidad de bibliotecas particulares contienen casi únicamente libros de estudio: son bibliotecas muy especializadas, técnicas. Lo demuestran claramente los inventarios de libros de artistas como Velázquez, o de clérigos como Juan Bernal Díaz de Luco o Juan de Ribera<sup>4</sup>. Lo cual no demuestra, por supuesto, que estos hombres no leían ni oían nunca poesía y novela: podían tener su cartapacio de versos, y podían oír unas novelas —pensemos en la colección de novelas cortas manuscritas que ordenó Porras de la Cámara para el arzobispo de Sevilla don Fernando Niño de Guevara. No olvidemos, por fin, que era posible alquilar libros en la España del Siglo de Oro— y también desechar un libro de entretenimiento que había dejado de gustar o interesaba sólo para pasar el rato: sabemos, por confesión suya, que el Inca Garcilaso leía novelas de caballerías, pero ninguna de éstas aparece en el inventario de su biblioteca.

3. También hay que contar con el hecho de que hay gente que pone biblioteca, y no lee nunca, o lee muy poco. Hecho del siglo xx. Hecho

<sup>4</sup> TOMÁS MARÍN, *La biblioteca del obispo Juan Bernal Díaz de Luco (1495-1556)*, *Hispania Sacra*, V, 1952, pp. 263-326, VII, 1954, pp. 47-84; VICENTE CÁRCEL ORTÍ, *El inventario de las bibliotecas de San Juan de Ribera en 1611*, *Analecta Sacra Tarraconensia*, XXXIX, 1966, pp. 319-379. Excepción: la biblioteca del arzobispo Carranza (véase su inventario publicado por J. IGNACIO TELLECHEA IDIGORAS, en *Hispania Sacra*, XVI, 1963, pp. 460-499).

del Siglo de Oro también, que debió darse con frecuencia entre los «lectores» adinerados. Lo atestigua Luis de Pinedo:

«... el conde de Benavente, aunque no es hombre sabio ni leído, ha dado, sólo por curiosidad, en hacer librería, y no ha oído decir del libro nuevo cuando le merca y le pone en su librería.»<sup>5</sup>

En sentido opuesto hay gente que posee muy pocos libros y lee mucho. Sabemos que Vélez de Guevara, el día de su muerte, poseía veinticinco libros, ni uno más; y bien podemos sospechar que el pobre de Cervantes tampoco tendría en casa muchos libros. Conviene subrayar, en particular, la posibilidad de que los eruditos, escritores y otros aficionados de recursos económicos limitados hayan pedido prestados libros a unas personas ricas o a unas colectividades que disponían de bibliotecas organizadas: Lorenzo Palmireno agradece tales préstamos a la duquesa de Calabria, a don Hierónimo de la Cavallería, Comendador de Villel, a la Seo de Valencia y al monasterio de Jesús<sup>6</sup>.

4. Por fin cabe recordar el carácter naturalmente conservador de las grandes bibliotecas. No creo que la presencia de *Primaleón y Palmerín de Oliva* en la biblioteca del virrey don Pedro de Aragón en 1670 demuestre aficiones caballerescas en este noble personaje<sup>7</sup>.

Pienso, en conclusión, que hemos de ser prudentes en la interpretación de aquellos documentos imprescindibles que son los inventarios de bibliotecas particulares. Y, sobre todo, conviene hacer una pregunta: ¿será *el estudio paciente de estos inventarios, como nos dicen a veces, «el único método científico»* adecuado para definir las aficiones literarias de la masa de los lectores del Siglo de Oro?<sup>8</sup> Esta afirmación no sorprende en nuestra época de calculadoras, una época deslumbrada por los métodos de la historia económica y sus éxitos. Pero creo que, tratándose de historia de la lectura y de la cultura, tales afirmaciones descansan en una ilusión de tipo científicista —y pienso que el valor de los métodos antiguos en ninguna manera queda agotado. Las lecturas de un hombre, de un grupo, las podemos determinar tomando unos caminos antiguos, sí, pero caminos que no hemos recorrido lo bastante, contrariamente a lo que se afirma

<sup>5</sup> *Libro de chistes*, B. A. E., 176, p. 101.

<sup>6</sup> *El estudioso de la aldea*, Valencia, 1568, pp. 240-241.

<sup>7</sup> J. DOMÍNGUEZ BORDONA, *La biblioteca del virrey don Pedro Antonio de Aragón (1611-1690)*, *Boletín Real Academia Historia*, 129, 1951, pp. 385-416.

<sup>8</sup> HENRI-JEAN MARTIN, *Livre, pouvoirs et société à Paris au XVII<sup>e</sup> siècle (1598-1701)*, Genève, Droz, 1969, p. 490.

a veces. Es el caso de repetir la fórmula que le gustaba a Marc Bloch, de que «la historia sigue teniendo todo el encanto de una investigación sin terminar». Daré unos ejemplos:

1. El estudio paciente de las obras literarias de toda clase nos permite trazar el perfil de la cultura de una serie nutrida de escritores. Este trabajo se ha realizado hasta la fecha en forma muy parcial. Creo que el examen sistemático de prólogos, dedicatorias, comentarios eruditos, tratados de poética y retórica, puede tributarnos muchas enseñanzas valiosas: valga como ejemplo el artículo de J. M. Rozas y A. Quilis sobre Jiménez Patón<sup>9</sup>. Tales estudios conviene multiplicarlos, reunirlos y compararlos. Harían mal los aficionados al examen de inventarios si rechazaran desdeñosamente estas investigaciones. Recordaré dos hechos: el texto de la *Filosofía vulgar* nos dice mucho más acerca de las lecturas de Juan de Mal Lara que el inventario de su pobre biblioteca que no incluía más de 75 libros; y todo lo que sabemos de la lectura de Bandello en España, lo conocemos por estas fuentes de información, pues las novelas de Bandello no salen en ningún inventario de los que se han publicado en la actualidad<sup>10</sup>.

2. También hemos de pensar en el análisis detenido de las misceláneas, de estas obras de tipo «cajón de sastre», en las cuales fluyen las citas en forma espontánea, en las cuales surgen, en el momento en que menos se esperan, las opiniones corrientes admitidas por el autor. Podrán pensar que estos textos son pocos. Pero son más numerosos de lo que creemos. Dejando aparte los textos impresos —la *Miscelánea* de Luis Zapata, *El estudioso de la aldea* y *El estudioso cortesano* de Lorenzo Palmireno, la *Miscelánea austral* de Diego de Avalos y Figueroa—, existen desparrramados por muchas bibliotecas mal explotadas en este sentido, manuscritos muy instructivos a este respecto. El Siglo de Oro es una época en la cual muchos hombres cultos tienen su cartapacio de apuntes. Conservamos, por fortuna, bastantes cartapacios de éstos. Verdad que no todos son interesantes: buena parte de ellos no incluyen más que apuntes «técnicos», de derecho, teología o historia. Pero no siempre es así. Otros hay, a través de los cuales muy claramente percibimos las aficiones culturales del hombre que los compuso. Citaré dos ejemplos: los ms. 6001 y 6041 de la Biblioteca Nacional de Madrid.

<sup>9</sup> *El lopismo de Jiménez Patón. Góngora y Lope en la «Elocuencia española en arte»*, *Revista de Literatura*, XXI, 41-42, 1962, pp. 35-54.

<sup>10</sup> Pero si aparece alguna vez en los inventarios las *Cento novelle* de Francesco Sansovino, colección que incluye unas novelas de Bandello.

3. Hasta ahora no salimos del círculo forzosamente reducido de los escritores. Pero podemos ensanchar nuestro terreno de investigación, ir espigando noticias de interés en las memorias y correspondencias particulares de la época, impresas o manuscritas. Aduciré un ejemplo: la opinión emitida por el conde de Portalegre en una carta fechada de 1593 sobre los méritos respectivos de Boscán y Garcilaso<sup>11</sup>.

4. Por fin hemos de estudiar de manera sistemática desde este punto de vista los libros de «noticias» y «avisos» del siglo, así como las relaciones de fiestas y viajes, que nos proporcionan no pocas datos. Estos textos no los han aprovechado casi nunca los historiadores de la cultura, a pesar del interés que tienen. Ejemplos:

— a través de las relaciones de fiestas vemos muy claramente la afición de los caballeros e hidalgos del siglo XVI a las novelas de caballerías<sup>12</sup>;

— la *Fastigina* de Pinheiro da Veiga nos da excelente muestra de la cultura de un cortesano en los primeros años del siglo XVII;

— acaso convenga meditar, después de tanta disputa acerca de la ejemplaridad de las *Novelas cervantinas*, unas palabras de Barrionuevo en sus *Avisos*: «... *La Gitanilla*..., con quien sólo trata de divertir al lector...»<sup>13</sup>.

Por estos motivos, creo que no hemos de despreciar de ninguna manera las oportunidades que nos ofrecen unos métodos «antiguos» de investigación: serán antiguos, pero no anticuados ni inútiles. Y quiero observar, además, que estos métodos, tan injustamente desdeñados, tienen una ventaja más. Nos permiten contestar a una tercera pregunta, no menos importante que las anteriores: ¿cómo entendían los hombres del Siglo de Oro los libros que leían? ¿qué representaban para ellos dichos libros? Llegados a este punto pasamos de una historia de la lectura a una historia de la cultura propiamente dicha.

Lo cierto es que —valga la perogrullada— no leían estos libros como nosotros. No podían leerlos, entenderlos como nosotros. Primero porque formaban un público relativamente variado, cuando nosotros, los lectores de *Guzmán* o de *La Diana* —y hasta del *Quijote*—, representamos un

<sup>11</sup> Comentando el soneto de Boscán «Quien dize que l'ausencia causa olvido» escribe el conde: «doctor era Boscán de los más graves de esta facultad de apurar sentimientos... y, hablando de veras, sin duda era ingenioso, y más especulativo que Garcilaso, el cual (a mi parecer) no hace menos ventaja a los enamorados en padecer penas, que a los poetas en escribirlas» (Ms B N M 1439, fol. 2 rº).

<sup>12</sup> Véase mi estudio *Sur le public du roman de chevalerie*, Bordeaux, Institut d'Etudes Ibériques 1968.

<sup>13</sup> *B. A. E.*, 221, p. 241b.

«público» de profesores y estudiantes. Ignoro a qué público se dirigían Montemayor, Mateo Alemán y Cervantes, pero me parece poco dudoso, por supuesto, que no escribieron para nosotros. Segundo, porque vivían estos hombres en un mundo concreto y mental totalmente distinto del nuestro, otra evidencia sobre la cual no cabe insistir. Una de las ilusiones más tenaces de los eruditos de fines del siglo XIX y principios del XX (¿habrá desaparecido hoy día?) fue la de creer que se podían emitir, en nombre de un gusto eterno, unos juicios críticos valederos para todas las épocas de la historia: desde este punto de vista, todos se portaron como herederos del siglo XVIII. Partieron las obras literarias del Siglo de Oro en dos categorías: las buenas y las malas, las que interesaban y las que no interesaban. Y creyeron, con buena fe, que los hombres del Siglo de Oro compartían sus aficiones y admitían las mismas jerarquías. La idea es del todo falsa. Hemos de rechazar en absoluto la tentación crítica si queremos algún día edificar una historia de la cultura que merezca este nombre. Una historia de la cultura no podrá, de ninguna manera, respetar las tablas de una ley que hubiera bajado de algún misterioso Sinaí. Basta abrir los ojos para ver que las perspectivas a las cuales nos acostumbran muchos estudios de historia literaria cambian por completo si nos situamos en el plano de una historia de la cultura. Daré a continuación unos ejemplos:

1. La épica culta tuvo, dentro de la vida cultural del siglo XVI, una importancia igual, acaso superior, a la que tuvo la poesía lírica. Porque se imprimió, casi siempre, cuando los versos líricos en muchos casos permanecían inéditos, según demostró A. Rodríguez-Moñino. Los editores no vacilaban en cargar con estos largos poemas épicos: buena prueba de que éstos tenían público. Lo mismo nos demuestran los cartapacios manuscritos en los cuales se copian trozos de estos poemas, que tan pesados nos podrán parecer<sup>14</sup>.

2. *La Diana* es novela pastoril. Pero también fue colección de versos líricos —en un siglo en el cual tan pocos versos líricos llegaron a imprimirse. Los versos de *La Diana*, que tan poco aprecio merecieron de los historiadores de la literatura española<sup>15</sup>, se copian, se glosan, se imitan en una serie nutrida de textos, impresos y manuscritos, escritos entre 1570 y primeros años del siglo XVII<sup>16</sup>. Por unos decenios los versos que incluía

<sup>14</sup> Cuatro manuscritos de la B. N. M. copian fragmentos del *Carlo famoso* de Luis Zapata (véase mi estudio sobre *l'Arioste en Espagne*, p. 131). En el ms 5793 de la B. N. M., fol. 180, salen 17 octavas sacadas del canto VI de *La Maltea* de Sans (1582).

<sup>15</sup> Por ejemplo O. H. GREEN, *España y la tradición occidental*, I, p. 208.

<sup>16</sup> Véanse los textos aducidos por ALBERTO BLECUA (*Algunas notas curiosas acerca de la*



una novela pastoril fueron uno de los motivos del éxito del libro: bien lo sabían Miguel de Cervantes y Lope de Vega. Por otra parte un texto de Lorenzo Palmireno, publicado en 1573, nos dice muy claramente el éxito de la novelita de amores de Felis y Felismena<sup>17</sup>, la primera «novela cortesana» que se escribió en el Siglo de Oro.

3. Si queremos admitir que *Lazarillo* incluye nutrida serie de elementos de tipo folklórico, elementos que saltaban a la vista de los lectores del siglo XVI sin la mediación del esfuerzo erudito, si queremos admitir al mismo tiempo que no todos estos lectores eran de la categoría de Mateo Alemán, Miguel de Cervantes o Francisco de Quevedo, comprenderemos sin dificultad que *Lazarillo* se leyó sobre todo como libro de burlas. Entenderemos asimismo el muy relativo éxito de las ediciones del libro a partir de 1573, hecho que acertadamente subrayó A. Rumeau<sup>18</sup>. Y es que el *Lazarillo* que reimprimen tropieza ahora con la competencia de unas obras que no se habían publicado en 1554, y que ofrecen a los lectores enorme cantidad de estos cuentecillos familiares que tanto apreciaban ellos: el *Sobremesa* (1563) y el *Buen aviso* (1564) de Timoneda, la *Floresta* de Melchor de Santa Cruz (1574). Acaso sorprenda la afirmación. Pero el maestro Jiménez Patón, algunos años más tarde, nos explica que existe un género humilde, «el de las conversaciones y hablas familiares de corrillos, juntas, lenguaje casero y común...», y a éste se reducen los librillos de entretenimiento y donaire, como el de *Carnestolendas*, *Lazarillo de Tormes*, *Celestina...*<sup>19</sup>.

Concluyo. Los que nos interesamos por historia de la cultura, hemos de dejar al lado las ambiciosas teorías críticas. En vez de construir hermosos edificios —edificios de ensueño—, hemos de dejar que hablen los muertos. Si trabajamos con paciencia, empleando métodos modernos sin rechazar métodos antiguos, podremos trazar algún día el panorama

---

transmisión poética española en el siglo XVI, *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, XXXII, 1967-1968, pp. 113-138). También aparecen versos de *La Diana* en el *Romancero* de Padilla, en el *Cancionero sevillano* publicado por MARGIT FRENK ALATORRE, en el *Cancionero de Oxford*, en el *Cancionero de Medinaceli* y en el Ms 6001 de la B. N. M.

<sup>17</sup> «Si entra conversación de libros en romance, pedirás que te defiendan a Montemayor, en matar... a Celia sin gran causa, en sólo cerrar la puerta a Valerio, page de don Felis» (*El estudioso cortesano*, p. 83).

<sup>18</sup> *Notes au «Lazarillo». Des éditions d'Anvers, 1554-1555, à celles de Milan, 1587-1615. Bulletin Hispanique*, LXVI, 1964, pp. 272-293.

<sup>19</sup> Texto citado por A. VILANOVA (*Historia de las literaturas hispánicas*, III, p. 664). *Carnestolendas* es título abreviado de los *Diálogos de apacible entretenimiento, que contiene unas Carnestolendas de Castilla*, obra de Gaspar Lucas Hidalgo.

cultural de la España del Siglo de Oro, y, más concretamente, el panorama cultural de los grandes centros urbanos de la época<sup>20</sup>. Confío que estos estudios han de representar una aportación interesante a una historia de las sensibilidades y de las mentalidades, parte esencial de la historia de los hombres.

MAXIME CHEVALIER

*Université de Bordeaux III*

---

<sup>20</sup> ¿Habrá unidad de la cultura en la España del Siglo de Oro? El problema merece la atención. Véanse los versos citados en *El culto sevillano* (1631) del licenciado Juan de Robles. El docto beneficiado de la iglesia de Santa Marina de Sevilla demuestra buen conocimiento de la poesía de Garcilaso y cita dos versos de Ercilla. Sin embargo su cultura poética tiene carácter marcadamente sevillano: conoce las obras de Herrera (incluso las que andan manuscritas) y copia versos de Diego Girón, Francisco de Rioja y Juan de Arguijo —cuando no cita ni un verso de Lope de Vega.